



## INTRODUCCION

*Gloriosa dicta sunt de Te,  
Civitas Dei. (Ps. LXXXVI, 3.)*

Estas palabras entusiastas que pronunció el Profeta Rey sobre la antigua Sión, de la cual debía salir la salvación del mundo, hanla aplicado los Santos Padres á la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios: Ella, en efecto, es la viva Ciudad de Dios, en la cual estableció su morada el Hijo de Dios por la Encarnación, y de donde ha tomado su origen la Iglesia católica que es la nueva Sión, *Gloriosa dicta sunt de Te, Civitas Dei*, ¡Maravillas se han dicho de tí, oh Ciudad de Dios!

Desde el principio de la historia de la humanidad, Dios la prometió como una prenda de esperanza, como la Libertadora que debía librarnos de la maldición primitiva, como «la Victoriosa que aplastaría la cabeza de la serpiente». Los Profetas la han anunciado, la han descrito, en el momento en que se extendía la plena luz de sus revelaciones, «como la maravilla por excelencia»; como «la mujer que debía rodear á un varón» (Jeremias, XXXI, 224); como «la Virgen que concebiría y daría á luz al Emmanuel» (Isa., VII, 14), es decir, Dios con nosotros. «Finalmente, en la plenitud de los tiempos, el Arcángel Gabriel, reasumiendo en una sola palabra todas las alabanzas pasadas y futuras, la saluda «llena de gracia:» *Ave gratia plena.*



*Gloriosa dicta sunt de Te, Civitas Dei;* ¡Maravillosas cosas se han dicho de tí, oh Ciudad de Dios!

Maravillosas cosas continúan diciéndose de Ella por la Iglesia católica, al través de todos los siglos; pues la Iglesia celebra á la Virgen María en su culto, en sus oraciones, en sus predicaciones, en sus obras de arte, en sus definiciones dogmáticas, en los escritos de los Padres y de los Doctores y en los tratados de sus Teólogos.

*Gloriosa dicta sunt de Te, Civitas Dei;* ¡Maravillosas cosas se han dicho de tí, oh Ciudad de Dios!

La humilde Virgen de Nazareth que parece no podía ser mas que el objeto de un sentimiento piadoso, y no la materia de una exposición científica, ha llegado á ser el tema preferido en el cual se ha fijado, y sobre el que se ha ejercitado particularmente el espíritu cristiano. ¿Quién podría contar hoy día, los escritos compuestos en honor de la Madre de Dios? La nomenclatura de las obras que tratan de la Santísima Virgen es enteramente imposible: solo el Roskovany (1) en sus seis volúmenes sobre la Inmaculada Concepción, menciona más de *Veinte mil obras* que tienen por objeto á la Santísima Virgen: y esto es muy fácil de explicarse, porque si el corazón de todo cristiano se siente naturalmente atraído hacia la Madre virginal del Salvador de los hombres, ¿cómo no se había de sentir tambien el pensador cristiano, habituado á remontarse de los efectos á las causas?

Podemos completar el pensamiento de Tertuliano que habla de «el alma naturalmente cristiana,» *anima natura-*

(1) *Beata Virgo Maria in suo Conceptu immaculata ex monumentis omnium saeculorum demonstratas*, Auct. Aug. De Roskovany Badapestini; 1873.

*liter christiana*, diciendo, que toda alma cristiana es naturalmente inclinada á Maria, *et anima christiana naturaliter mariana*. El amor de la verdadera ciencia es inseparable del amor de aquella que ha dado á la humanidad la Sabiduría eterna, y que continúa por su poderosa intercesión poniéndola en relación con nosotros. *Verbum caro factum est. . . . plenum gratiae et VERITATIS.*—*Maria Sedes SAPIENTIAE*. He aquí por qué los primeros de entre los teólogos, los hombres más piadosos y más santos que han existido jamás, considerando á la Santísima Virgen, como la considera la misma Iglesia, como la personificación concreta de la Sabiduría creada, (Prov., VIII, 22), la han consagrado todo el poder de su genio, y han escrito y proclamado de Ella cosas maravillosas.

*Gloria dicta sunt de Te, Civitas Dei;* ¡Gloriosas cosas se han dicho de tí, oh ciudad de Dios!

Mas sobre todo, de nadie puede decirse esto con más verdad, como del príncipe de los teólogos, de aquel que según la expresión del poeta de la *Suma teológica*, Dante, «se cierne como una aguilta por encima de todos los demás,» del ángel de la Escuela, Santo Tomás de Aquino.

Fácilmente se comprende como el Doctor angélico, que ha penetrado tan profundamente los misterios de la Encarnación y de la Redención, haya estudiado atentamente los misterios de la santa Madre de Dios, pues estos, están en efecto estrechamente unidos á los primeros. Ahora bien, lo que Santo Tomás ha enseñado acerca de la Santísima Virgen es del más alto interés, á causa de la autoridad teológica incomparable que le pertenece: y así, lo que ha escrito sobre esta materia, ha llegado á ser un fondo común á todos los teólogos posteriores: pues no hay ninguno



entre los que tienen alguna importancia, que tratando esta materia después de Santo Tomás, no haya reproducido los principios y la doctrina del Doctor angélico. Y sin embargo, no conocemos ningún escrito en donde se encuentre reunido en un cuadro determinado y según un plan metódico, toda la doctrina de Santo Tomás de Aquino acerca de la Santísima Virgen: no, ningún autor ha presentado en un cuadro completo toda la doctrina tomista, acerca de la augusta Madre de Dios. (1) Hemos pensado pues, que no sería superflua una exposición monográfica de la «Mariología de Santo Tomás»; y aun estamos persuadidos de que este trabajo, en atención al genio de aquel que será siempre en todos los siglos el sol de los espíritus, no dejará de adquirir cierta importancia á los ojos de los teólogos contemporáneos.

Santo Tomás no ha reducido en un tratado especial su doctrina acerca de la Santísima Virgen, sino que la ha diseminado en sus numerosas obras; sin embargo decimos que

(1) No debemos omitir el mencionar aquí el pequeño tratado del profesor Giustiniani de Nápoles, compuesto con ocasión del sexto centenario de Santo Tomás de Aquino, en 1874. Este tratado se titula: *Omaggio rezo dalle doctrine di san Tommaso alla Madre di Dio*—per cura del sac. Gior... Giustiniani, profess. di theologia. etc. Napol. 1875, 48 paginas. Se publicó en la *Revista I Gigli a Maria*. Esta excelente Revista, compuesta en honor de la Santísima Virgen, dió á conocer al mismo tiempo otros trabajos relativos á la doctrina de Santo Tomás respecto á la Madre de Dios. Los recordaremos aquí: «*Expositio S. Thomae in salutacionem angelicam*, nueva edición, coleccionada sobre ocho manuscritos, y acompañada de notas históricas y críticas, por el Dr. Uccelli, sacerdote de Bergamo, el infatigable indagador y editor de los autógrafos de Santo Tomás—Un sermón inédito del Santo sobre la Natividad de la Santísima Virgen, sacado por el mismo Uccelli de un manuscrito de la biblioteca de San Marcos en Venecia.—Edit. Vives, tom. XXXII. Un tratado del P. Lana bajo este título: «*Maria como ideal de lo bello*, en los escritos de Santo Tomás de Aquino».—Un escrito publicado con ocasión del mismo centenario por el profesor Vanden Berg, O. P., en el colegio de Huisen, en Holanda, y que considera también en los escritos de Santo Tomás de Aquino, el punto de vista especial señalado en el título siguiente. «*Beatissima Virgo Maria, imago Dei et SS. Trinitatis, juxta mentem S. Tomae.*» Buscoduci (Bois-le Duc) 1874.

los principales puntos de doctrina están estudiados en la Tercera parte de la Suma Teológica y en el Comentario del Tercer libro de las Sentencias de Pedro Lombardo. Hay que consultar además las tesis que corresponden á los trabajos precedentes en la Suma contra los Gentiles, y en el *Compendium theologiae*. Este opúsculo se encuentra en el tomo XXVII de la edición Vivés. Es menester leer también los pasajes relativos á la Santísima Virgen en los comentarios sobre los Evangelios de San Mateo y de San Juan, sobre las Epístolas de San Pablo sobre los Salmos, sobre el Cántico de los Cánticos, y más que todo la magnífica *Exposición sobre la salutación angélica*, que se encuentra en el volumen XXVII de la edición Vivés.

Nuestro presente opúsculo podrá parecer insuficiente si se le compara á las obras mucho más extensas que se han compuesto acerca de la Santísima Virgen, sea por autores del tiempo pasado, sea por autores modernos. San Anselmo, San Bernardo, que han precedido á Santo Tomás, y cuyas obras ha conocido y utilizado el Doctor angélico, el bienaventurado Alberto el Grande que fué su maestro, San Buenaventura que fué su amigo, y otros también, han celebrado en tratados de alguna extensión, la alta dignidad y los gloriosos privilegios de la Madre de Dios. Ciertamente no habría razón en atribuir la brevedad de Santo Tomás en esta materia á una especie de reserva que se hubiera impuesto en su veneración y en su amor para con la Reina de todos los santos: porque ¿cómo habría llegado á ser un ángel de pureza, si no hubiera amado á la Madre de las almas puras, á «aquella que no fué solamente pura para sí misma, sino que ha procurado la pureza á tantos otros (*Exposit. in salut. angel.* Opusc. VI, p. 201).» Encuéntranse en la vi-



da del Santo Doctor muchos rasgos que testifican su amor extraordinario para con la bienaventurada Virgen. Su primer biógrafo, Guillermo de Fooco, no ha omitido el referir que santo Tomás, siendo aun de muy pequeña edad, no quiso absolutamente soltar un pedazo de papel que tenía entre sus manecitas, y en el cual estaba escrita la Salutación angélica; sino que aplicaba el papel á sus labios y parecía extraer de él la miel, *como una abeja que se posa sobre una flor* (1).

El infatigable indagador de los manuscritos de Santo Tomás, el abate Uccelli, á quien ya hemos citado, hace observar que en los autógrafos de la *Suma contra los Gentiles*, ha encontrado muchas veces estas palabras: *Ave María*, escritas en el margen. No solamente el Doctor angélico ha tomado el *Ave María* por materia de dos comentarios especiales, sino que según las actas de su canonización, explicó el *Ave María* en una serie de sermones predicados en Nápoles: puede muy bien decirse que el *Ave María* resuena como una dulce melodía al través del conjunto armonioso de su vida. No es pues, á una falta de veneración ó de afecto para con la Reina de los cielos á lo que debe atribuirse la poca extensión de los trabajos que nos quedan de Santo Tomás acerca de la Santísima Virgen, y se encuentra una fácil explicación de esto, en la naturaleza misma de su espíritu y en el conjunto de su método científico.

Antes de él, los Doctores escolásticos y los Santos Padres, habían descrito bajo las más nobles imagenes y con los más vivos colores, la grandeza y las glorias de la Santísima Virgen: habían hablado de Ella con entusiasmo ardiente, más bien con el estilo poético y brillante de los pa-

(1) Acta Sanctorum, ad diem 7 Martii (Bolland. p. 569) c. 1. n. 4

negiristas que con la precisión rigurosa del razonamiento y las fórmulas exactas de la ciencia. Habían quedado cautivados por espléndidas bellezas que irradian sobre Ella de cada una de las verdades reveladas; habían visto en los dogmas religiosos materia de riqueza inagotable para la imaginación y para las creaciones del arte, al mismo tiempo que un alimento fecundo para la investigación científica: y muy particularmente habían encontrado estos caracteres en el Misterio de la Encarnación y de la maternidad divina. María siendo la Hija, la Esposa y la Madre de Dios, reúne en sí todo lo que es bello, grande y sublime, tanto en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia: y he aquí por qué ejerce un imperio irresistible sobre el espíritu y sobre el corazón. Por esto los teólogos austeros y graves como Tertuliano, San Ambrosio, San Jeronimo, San Agustín y San Juan Damasceno se sienten como arrebatados por este ideal de belleza, y se vuelven en cierto modo poetas, tan luego como comienzan á hablar de las grandezas y de los privilegios de la Virgen incomparable. El *Marial* (1) del bienaventurado Alberto el Grande, escritor por otra parte tan sobrio, al celebrar las glorias de María en la forma escolástica, ha escrito mas bien una especie de poema en prosa que un tratado dogmático. Es una pintura con colores brillantes, de los privilegios corporales y espirituales de María, en la cual las proposiciones doctrinales están

(1) *Mariale. Ave Questiones 230 super Evangelium* «Missus est Angelus Gabriel. etc.» Luc. et seq. El mismo juicio debe formarse sobre la grande obra: *De laudibus Beatae Mariae* atribuida á Alberto el Grande, pero que, según los testimonios citados por Natal Alexandro (*Hist. eccles.* tom. XV. p. 238), parece haber sido compuesta por Ricardo de San Lorenzo en 1240. Estas dos obras se encuentran en el 20 vol. de la edición de las obras completas de Alberto el Grande por Jamsny. Vease la obra de Sigwardt sobre Alberto el Grande; Ratisbona, 1857.



mezcladas á una multitud de cuestiones accesorias, inspiradas es verdad, por una piedad ferviente, pero incompatibles con las exigencias del método riguroso y grave de la ciencia teológica.

No sucede así con Santo Tomás. No hay duda que la belleza ideal del carácter de la Virgen Madre de Dios ha llenado de entusiasmo su alma tan impresionable; ni tampoco puede pensarse que haya faltado la inspiración poética al cantor inmortal de la Eucaristía, al autor del *Adoro te* y del *Pange lingua*, para celebrar á la Santísima Virgen con los sublimes acentos de la poesía. Sin embargo, en vano se buscaría en los escritos de Santo Tomás, esos vuelos de imaginación, esas manifestaciones oratorias que abundan en las obras de sus contemporáneos: su espíritu eminentemente especulativo pone un freno á la imaginación y comprime la expresión del sentimiento, y sigue en sus estudios acerca de la Virgen María el mismo método que en sus demás trabajos teológicos. En ninguna parte se muestra Santo Tomás menos panegirista, menos escritor místico y aun menos poeta; mas en esta materia lo encontramos un pensador sobrio y exacto, y un teólogo serio y profundo. No se dirige ni á la imaginación ni al corazón, sino que habla únicamente á la razón: no le agrada el brillo de las imágenes, sino la claridad y la transparencia de las ideas. No le vemos ocupado en cuestiones ociosas ó sutiles, sino en discusiones que sirven para esclarecer los puntos de doctrina fundados sobre la palabra de Dios ó sobre la enseñanza de la Iglesia, y esto es lo que distingue la doctrina *maria-lógica* de Santo Tomás de la de sus predecesores, y lo que le da una incontestable superioridad. La enseñanza de los Padres recibe de él una forma precisa y rigurosa; se sigue

con él su desarrollo progresivo y se ven aparecer sus sólidos fundamentos; y lo que estos trabajos de los Padres pierden en superficie, en brillo y en riqueza, lo ganan en profundidad, en certeza y en claridad.

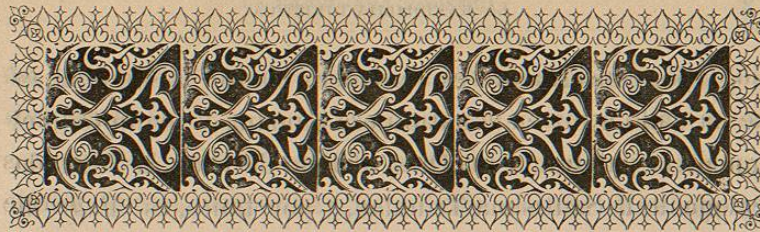
Si se comparan los elementos históricos de que disponía Santo Tomás, á los ricos tesoros amontonados por los escritores posteriores, se encontrarán sin duda los primeros muy incompletos: en sus estudios acerca de la Santísima Virgen no cita el Doctor angélico entre los Padres de la Iglesia mas que á San Cirilo de Alejandría, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo y San Juan Damasceno. Entre los autores de la edad media, utiliza á San Anselmo, San Bernardo y Hugo de San Victor; y sin embargo á pesar de estos recursos tan limitados, su doctrina está en perfecto acuerdo con la tradición de los Padres, como sería fácil probarlo por una multitud de testimonios.

El Angel de la Escuela nos aparece pues, en el punto culminante de la Edad media, reasumiendo en sí todo el pasado y mostrando el camino para los tiempos venideros; tomando por puntos de partida los textos de las santas Escrituras, poco numerosos, es verdad, pero llenos de sentidos; apoyado sobre las definiciones de la Iglesia concernientes á la Madre de Dios, y guiado por los Padres, pone los fundamentos sólidos de una doctrina verdaderamente científica acerca de la Santísima Virgen. Sus principios son como fundamentos sólidos, sobre los cuales San Antonino de Florencia, San Bernardino de Sena, San Alfonso de Liguori etc., y los teólogos, como Dionisio el Cartujo, Canisio, Suarez, de Vega, Cartagena, Petau, Novat y otros muchos, apoyaron la serie de sus investigaciones sobre la dignidad



y los privilegios de la Bienaventurada Virgen, y producirán obras inmortales, tanto para la gloria de María, como para honor de la ciencia teológica. Es cierto que al lado de estos trabajos tan vastos acerca de la Santísima Virgen, lo que Santo Tomás ha escrito en esta materia parecerá de una extensión muy reducida; pero así sucede con toda semilla; es poca, mas confiada á la tierra, se desarrolla, crece, y se convierte en un árbol que extiende sus ramas y sus hojas, se cubre de flores y se carga de abundantes frutos.

El punto central de toda la doctrina de Santo Tomás acerca de la Santísima Virgen, y al derredor del cual viene á agruparse todo lo demás, es el hecho de la *maternidad divina*. A este punto es al que se imen la eminente *dignidad* que pertenece á la Madre de Dios, las *gracias abundantes* que ha recibido, y finalmente los *gloriosos privilegios* con que ha sido honrada. Tal es el plan y la división del presente trabajo.



## CAPITULO PRIMERO

### EL DOGMA DE LA MATERNIDAD DIVINA.

María, de la cual nació Jesús  
que se llama Cristo.  
(S. Mateo, 1, 19.)

«La bienaventurada Virgen María es Madre de Dios en el sentido propio de esta palabra».

Por estas palabras el quinto Concilio ecuménico ha dado una definición exacta y precisa de la fe perpetua de la Iglesia en la maternidad divina de María, y se ha mantenido contra las falsas interpretaciones de los herejes la expresión tradicional de Madre de Dios, *Dei genitrix*, Θεοτόκος del Concilio de Efeso y del Concilio de Calcedonia (1). Según las explicaciones de los Santos Padres, se expresan dos verdades fundamentales por esta palabra de *Madre de Dios*: la primera es que María ha dado á luz verdaderamente un

(1) Si quis non confitetur, Deum esse veraciter Emmanuel et propterea Dei genitricem (θεοτόκον) sanctam virginem. . . A. S. (Syn. Ephes. can. I.) — Si quis abusive et non vere Dei genitricem (ὄχι ἀληθῶς θεοτόκον) dicit sanctam gloriosam semper virginem Mariam. . . aut si quis hominis genitricem, vocat eam aut Christi genitricem, utpote Christo non existente Deo, etc non specialiter (χωρίως) secundum veritatem Dei genitricem eandem confitetur; A. S. (Syn. aecum. V can. 9.—Concil. Later. sub Martino I can. 3, 4.)